

Entrevista con JUAN DíEZ NICOLÁS

Publicado en: Cristóbal Torres Alberó (Ed.): IOP/CIS 1963-2003. Madrid: CIS, 2004, pp. 153-183.

Aprovechando su presencia directa en la etapa fundacional del Instituto de la Opinión Pública, ¿qué podría señalar sobre la creación del IOP?

Creo que hay unas cuantas cosas que deben precisarse por el bien de la historia, para que la historia sea verdadera. El Instituto de la Opinión Pública lo crea Fraga, que me escribe cuando yo estoy haciendo todavía el segundo año de mis estudios de postgraduado en Ann Arbor, en Estados Unidos. Fraga me dice que va a crear un Instituto de la Opinión Pública y que, al frente de él, va a poner a una persona de toda su confianza, Luis González Seara. Pero que quería contar conmigo para todo lo que era la estructura técnica. De la única persona que me habla es de González Seara y esa carta está ahí. Yo llegué a Madrid a finales de agosto, o a principios de septiembre, de 1963, y fui a ver a Seara al Ministerio de Información donde tenía todavía su despacho. Juntos nos fuimos a ver el chalé de Castellana 40, que todavía estaba sin muebles y sin nadie. No existía todavía el IOP. Lo que había era unos guardeses, porque aquello había sido el palacio de algún título, y luego pasó a manos de Radio Nacional. Y tenían de conserje a uno de los antiguos sirvientes del título nobiliario, que había sido el dueño del chalé. Lo primero que hicimos González Seara y yo fue hacer un plan para la redistribución de aquel espacio, lograr que los de Radio Nacional acabaran de marcharse y cuan-

do ya estuvo vacío, lo que tardó más o menos como un mes o cosa así, amueblarlo e ir llevando las cosas. El IOP ocupó los dos pisos altos del chalé, y la Editora Nacional continuó con la planta baja. Después, de mutuo acuerdo, convocamos un cursillo para hacer la selección de los primeros colaboradores, y así empezó el Instituto. Es verdad que Fraga nombró un Consejo Asesor del Instituto de la Opinión Pública en el que estaban, si no recuerdo mal, Miguel Siguán, catedrático de psicología de Barcelona, y también el dominico Jesús María Vázquez, que había hecho muchas cosas sobre turismo y sobre el trabajo del servicio doméstico, entre otros cuyos nombres no recuerdo ahora. El Consejero Delegado de este Consejo Asesor fue Salustiano del Campo, que era catedrático de sociología en Barcelona. Pero el Consejo Asesor era lo que es un Consejo Asesor. Se reunía un par de veces al año, y sólo González Seara tenía alguna relación con él, pero no llevaba el día a día del Instituto. El día a día lo llevó Luis González Seara, que fue nombrado Secretario General y Director en funciones. Así que él fue el Director efectivo del Instituto con el nombre de Director en funciones. Y yo era el Jefe del Departamento Técnico. Después de aquello se diseñó un organigrama en el que, además de mi cargo, pero esto fue ya un año y pico después, se nombró un Jefe del Departamento de Publicaciones, que fue José Sánchez Cano. Pero el equipo técnico inicial del Instituto, me acuerdo perfectamente aunque haya pasado tanto tiempo, fueron los que se seleccionaron en un cursillo en el Ateneo: Fernando Sevilla Herruzo, Francisco de la Puerta, José Luis Mirelis, Margarita Gómez Vispo, Pilar Alcobendas, M^a Carmen Suárez, Cristina Vila, Maribel Sierra, M^a Cruz Covisa, José Luis Martín Martínez, Pío Navarro Alcalá-Zamora, Pilar Pinuaga, Elena Bardón, M^a Etelvina García, y que me perdonen si algún otro se me olvida. En cuanto al equipo de Secretaría estaban Mary Candeal, Pilar Domínguez y Paloma Dutris. Todas estas personas fueron el equipo inicial del IOP. Y más tarde fue cuando se incorporó José Ramón Torregrosa, que había ido por consejo de Seara y mío a la Universidad de Michigan, así como Antonio López Pina, que también había estudiado en la Universidad de Michigan, y que luego fue catedrático de ciencia política. Un personaje estupendo

y que trabajó muy bien en el Instituto. Esas son las personas del equipo inicial y, luego, se incorporó también Carmelo Lisón que venía también de Inglaterra, de Oxford para ser exacto. Además, desde el principio también estuvieron M^a Carmen Arribas y Juan Arias, que se ocuparon de los aspectos administrativos. Más tarde se incorporó también Guillermo Montes para hacerse cargo de las relaciones públicas del IOP. Posteriormente también en ese equipo se incorporaron las hermanas Goyarrola, Begoña, Carmen y Elena. Es decir, el Instituto dio trabajo a mucha gente de la Facultad. La gente se licenciaba y venía al IOP o al Instituto de la Juventud, que entonces eran los sitios donde había trabajo. No sé si lo haríamos bien o mal, pero desde luego dimos trabajo a mucha gente, y prueba de ello es la cantidad de catedráticos que salieron de esa primera hornada, Torregrosa, Lisón, López Pina, Pío Navarro, Seara y yo. Sólo del equipo inicial salen seis catedráticos. Bueno, no me parece que fuera un equipo desdeñable. Este fue el equipo inicial, no creo que se me haya olvidado ningún nombre, y a partir de ahí la cosa comienza a funcionar.

Quiero que me cuente cómo fue el funcionamiento del IOP en su arranque. ¿Cómo se articula esa idea de Fraga de crear un Instituto de la Opinión Pública? y ¿cómo se vincula el IOP con ese proceso de cierta liberalización informativa que emprende durante el tiempo en que está de Ministro de Información y Turismo?

Puedo contar mis recuerdos y mis análisis de entonces, que son los que he dicho en muchas ocasiones, y de los que no me voy a desdecir. Tuve una conversación con Fraga al incorporarme al IOP, cuando volví de Ann Arbor, y Fraga era Fraga. Bueno, yo no podía ir exigiendo condiciones, pues entonces era muy joven. Sólo tenía veinticinco años, con toda mi timidez, con todo lo que imponía Fraga, y encima en 1963. Yo le dije que mi opinión era que el Ministerio decidía si se publicaban o no las cosas que hiciésemos, pero que si se publicaban yo pedía que fueran las que nosotros diéramos. Que si yo estaba equivocado, o si se pensaba que yo no hacía las cosas bien, pues que me cesaran. Y quiero decir que Fraga cumplió escrupulosamente con este planteamiento. Es decir,

Fraga nunca nos pidió, ni a Seara ni a mí, que se cambiara ni un solo dato. Y debo decir más, se publicaron absolutamente todas las investigaciones, excepto dos, que se hicieron entre 1963 y 1969, cuando Fraga es cesado por la crisis Matesa y, entonces, yo también dimito. De todas esas encuestas, sólo dos no se publicaron. Una fue la que se hizo cuando se cierra la verja de Gibraltar. Entonces Castiella, Ministro de Asuntos Exteriores, le pide a Fraga que realice una encuesta para ver la repercusión en la zona. Fraga me dice que se haga, pero considerando que el tema era muy delicado, voy yo mismo llevándome al equipo de entrevistadores del propio Instituto para garantizar la seriedad y reserva, y de acuerdo en que aquello no saliera del equipo, pues era una encuesta de interés para el Estado. Te contaré una anécdota, que sólo recientemente he publicado en la *REIS*. Y es que Fraga me da una carta para el Gobernador militar de la zona del Campo de Gibraltar, para que nos diera su permiso y no nos metieran en la cárcel por ir entrevistando sobre temas políticos delicados. Estamos en el año 1965. Allí me presenté ante el general con la carta de Fraga y, en un escenario muy de película de Berlanga, éste se queda mirando la carta y me dice: *'este Manolo, este Manolo, con estas modernidades de hacer encuestas, si querían saber lo que piensa la gente de aquí sobre el cierre de la verja, con haberme preguntado a mí era suficiente'*. Esa fue la primera encuesta que no se publicó. La segunda anécdota fue que empieza a ver el cuestionario y al llegar a los datos sociodemográficos, lee en voz alta, *'uno varón, cinco mujer, nueve SR'*, y me dice: *'ésto qué es, que Se Renquea?'* El caso es que la encuesta está en los archivos del CIS, pero entonces esa encuesta no se publicó, pero no porque Fraga no quisiera, sino porque se lo había pedido su compañero de gabinete, el ministro de Exteriores. Y la otra que no se publicó fue una que se hizo con motivo de las elecciones municipales de 1966 ó 1965, no recuerdo bien. A éstas elecciones se presentaban listas de candidatos para aquello que llamaban el tercio familiar. Habíamos hecho una encuesta en Madrid que era donde más importaba, pues se presentaba gente como Fanjul, Satrústegui y otros, algunos vistos con desconfianza por el régimen. Hicimos una encuesta, y recuerdo que tanto Seara como yo estuvimos

esperando la luz verde para publicarlo en el diario *Ya*, cuando era director Bartolomé Mostaza, allí en la calle de Mateo Inurria. González Seara, Pepe Sánchez Cano y yo, estuvimos allí hasta las tres de la madrugada, esperando el visto bueno y al final no hubo visto bueno. Los resultados, claro, eran muy fáciles de acertar, porque lo que salía era la lista que tenía el apoyo del Gobierno. Nosotros habíamos hecho la encuesta y efectivamente salía eso, pero porque era la única lista que la gente había oído, pues la mayoría de la gente no contestaba. Los datos creo que deben estar también en el archivo del CIS, pero si se hubieran publicado, habríamos acertado. Amando de Miguel, que estaba ya en *Data*, lo hizo para el diario *Madrid*. Lo publicaron y naturalmente acertaron, siendo sus resultados y los nuestros iguales. Digo que naturalmente acertamos porque la gente no podía recordar otra lista que la oficial. Pero él se llevo el mérito de haber acertado y nosotros no, porque no nos dejaron publicarlòs. Son las únicas encuestas que no se publicaron en todo ese periodo. Se puede decir lo que se quiera, pero si alguien quería saber algo de lo que pasaba en España en todo ese periodo, habría que recurrir a las encuestas de IOP. Además estaban, no quiero quitarles ningún mérito, los estudios Foessa, por supuesto, que aunque se hacían cada cuatro años, también se basaban en una encuesta a la que incorporaban luego muchos otros datos y análisis que estaban muy bien. Pero las encuestas regulares, y se hicieron muchas que se publicaban en la *REOP*, las hacía el IOP. En aquellos momentos, incluso llegamos a participar en algún estudio internacional, como uno que se hizo por la Fundación Steinmetz de Ámsterdam sobre 'la toma de decisiones' en el verano 1965 ó 1966, no te puedo concretar. Y, luego, la encuesta sobre 'las imágenes del mundo en el año 2000' dirigida por Galtung y en la que los responsables fuimos José Ramón Torregrosa y yo. En ese momento, yo creo que ya era Secretario General, pues Seara había dejado el Instituto y entonces sí era Salustiano el Director del IOP. Salustiano del Campo fue nombrado Director desde 1967, y cuando González Seara saca la cátedra en Málaga en 1968, yo paso a Secretario General y Torregrosa pasa a ser Jefe del Departamento Técnico.

En su libro de Los españoles y la Opinión Pública¹, dice que el periodo del profesor Salustiano del Campo abarca de octubre de 1967 a enero de 1971.

Efectivamente, yo estuve con Salustiano de Secretario General y, desde 1968, cuando cesan a Fraga por la crisis de Matesa, a mí me parece que lo razonable es dimitir aunque nadie me lo había pedido. Fui a hablar con Salustiano y él me dice que sería mejor esperar. Que yo tenía cuatro hijos y no era funcionario, y que era un poco arriesgado. Yo le dije que a mí me parecía que si Fraga me había nombrado pues, lógicamente, debía dimitir al cesar él. Aquello no fue un cese cualquiera, fue un cese por un caso sonado que era un enfrentamiento entre dos familias dentro del Régimen. Y a mí me parecía que por simple honradez y de agradecimiento pues que debía dimitir y, entonces, me fui. Salustiano se quedó y más tarde fue cesado por Sánchez-Bella. Creo que tengo algo más que contar, pero lo dejo para mis memorias. Aquello fue en 1969. Después de dimitir, me fui como asesor de urbanismo al Ministerio de la Vivienda, y en 1971 gané la cátedra de sociología de la Universidad de Málaga. Algún tema más fue el cese de Ramón Cercós, por el tema de una encuesta sobre la boda de la nieta de Franco. Eso provoca un pequeño terremoto y provocó la destitución de Cercós. Y la que sigue llevando el día a día del Instituto, hasta el nombramiento de Alejandro Muñoz Alonso que fue el Director que sucedió a Ramón, era Mercedes Vera. Su destitución fue por una encuesta que se hizo sobre las posibilidades de que el sucesor en la jefatura del Estado fuera el marido de la nieta de Franco, D. Alfonso de Borbón, en lugar de D. Juan Carlos. Aquello provocó una gran conmoción política, porque además se filtra a la prensa. Algunos otros detalles sobre lo que ocurre al ser cesado Cercós también los dejo para mis memorias.

Ademas, D. Juan Carlos estaba ya nombrado como heredero, ¿no?

Claro, desde 1968 ya era heredero oficial y, por tanto, aquello fue una cierta inconveniencia, pues creaba dudas sobre quién sería el Rey de España al morir Franco.

¹ Juan Díez Nicolás, *Los españoles y la opinión pública*. Madrid, Editora Nacional, 1976.

¿Cómo evalúa el papel del IOP en ese periodo de cara a normalizar el papel de la Opinión Pública en la vida política española?

Pienso que el IOP tuvo un papel trascendental. Te voy a hablar con absoluta sinceridad. Pienso que en aquel momento mucha gente criticaba al IOP, desde posiciones ideológicas contrarias al régimen y aunque a lo mejor no tenían grandes cosas en contra de las personas, se veían obligados a estar en contra institucionalmente. Pero claro, aquello nos acababa afectando a las personas también de alguna manera. Lo único que puedo decir es que la ideología de alguna de las personas que estaban allí no era ni mucho menos una ideología, digamos de falangistas, ni de gente del Movimiento, ni de camisas viejas. López Pina fue senador por el PSOE, José Ramón Torregrosa y Carmelo Lisón no eran precisamente personas de derechas, y Luis González Seara, pues ahí está su trayectoria también. Yo no he militado nunca en ningún partido de derechas. Sólo he estado en UCD, y en CDS mientras estuvo Suárez. Es decir, la mayoría de la gente que estábamos allí éramos gente tan normal como la que había fuera. Pero se producía una dinámica que, además, también venía acompañada por cuestiones de celillos profesionales, que son comprensibles en cuestiones de competencia profesional. Pero lo cierto, y creo que si la gente es veraz y honesta en sus juicios lo reconocerá, es que la creación del Instituto facilitó la autorización de centros privados de investigación. Y nosotros mismos, tanto Seara como yo, facilitamos su aprobación. Porque cuando se crea el IOP no hay ninguna empresa en España que haga estudios de opinión, ni de mercado, salvo una empresa que se llamaba Iberométrica, a la que se incorpora Amando de Miguel cuando vuelve, un año después que yo, de Estados Unidos. Lo que hacían en Iberométrica eran investigaciones de mercado, de recuento de medicamentos en farmacias, etc. Ya estaban también los de Nielsen, pero no hacían encuestas, sino recuentos de inventario. Las primeras empresas que empiezan, no te puedo decir exactamente el orden, pero son Eco, Metra-Seis, Sofemasa y Data. Una de las primeras que empieza es Data. Creo que en Eco ya estaba, en aquel momento, nada menos que Jesús Ibáñez. Pero, ¿qué es lo que ocurre? Pues que al IOP le colocan la etiqueta de la socio-

logía oficial. Pero es que en la sociología no oficial que era la de CEISA, también estaban dando clases Torregrosa, López Pina y Carmelo Lisón. Pues si estaban en el IOP y estaban en CEISA, tampoco seríamos tan pecadores en el Instituto de la Opinión Pública. Y ni López Pina, ni Torregrosa fueron cesados nunca por colaborar con CEISA. Y en CEISA tampoco les hicieron ascos por estar en el Instituto. Muchas de estas cosas hay que entenderlas en el contexto en que estábamos. El hecho cierto era que nos conocíamos todos y que había bastante amistad. Mira, en Data estaba Julio Feo que había sido compañero mío en la Facultad. Yo con Julio Feo he tenido amistad toda la vida y la sigo teniendo. El que hayamos estado luego en partidos diferentes es absolutamente irrelevante. En fin, que nos conocíamos, nos conocíamos y sabíamos quién era quién. Lo cierto es que el caudal de datos que proporcionaba el IOP era devorado. Si la gente no se creía las encuestas del IOP no sé por qué iban detrás de ellas. Incluso a veces iban a ver si podían conseguir algún dato antes de que se publicara. Esa es mi experiencia de aquella época. En cuanto al régimen, pues el régimen veía aquello con una especie de ..., bueno te puedo contar algunas anécdotas. La primera encuesta que se hizo en España sobre prácticas religiosas, a partir de la que luego hicimos un artículo Seara y yo sobre el conservadurismo y progresismo en el catolicismo español, se hizo por el IOP. El resultado de esa primera encuesta fue que hubo un montón de obispos que escribieron a Fraga pidiendo la cabeza de Seara y la mía. Y para que veas el talante de Fraga, él nos enviaba las cartas de los obispos para que tuviéramos conciencia de lo que había, pero nunca dio nuestras cabezas a nadie. Y eso que los obispos se quejaban de que la gente que iba a misa los domingos era mucha más que la que nosotros decíamos, que era algo así como el 70%. También Laureano López Rodó se quejó, porque hicimos una encuesta sobre el Plan de Desarrollo y preguntamos a la gente si había oído hablar sobre el mismo, y salió un 72%, que estoy seguro que era una cifra inflada. Es decir, la gente decía que sí, pero no sabía lo que era el Plan de Desarrollo, y a López Rodó le pareció poco, le pareció que eso era muy poco, y que lo que intentábamos era desprestigiarle. Por eso te digo que hay anécdotas

de estas muy divertidas, pero honradamente, yo no tengo el mas mínimo recuerdo de imposiciones. Bueno allí hicimos cosas como la encuesta sobre el Sputnik. Hicimos la 'machada' de hacer una encuesta en veinticuatro horas. Recuerdo que fue la primera vez que vi la utilización del fax, aunque era un fax que no tenía nada que ver con el de ahora, y que lo utilizamos para recibir los datos de toda España en esas veinticuatro horas.

Una cosa que también me gustaría que comentase, aprovechando el importante bagaje histórico que usted tiene, es sobre el periodo de Pablo Sela, ya fallecido, como director del IOP.

Pablo Sela es ya muy posterior. Yo me voy en 1969 y a él se le nombra en enero de 1975 y está muy pocos meses. Y a él le sucede López Ballesteros, que es al que yo sucedo. ¿Por qué está tan poco tiempo? Pues mira, Pablo era un hombre extraordinario y no lo digo porque haya muerto, pero todo el mundo que le conociese sabía que era no sólo un caballero, sino una persona de una bonhomía extraordinaria, con una cultura alemana por parte de madre y una formación impresionante. Su padre era uno de los mejores ginecólogos de España, un tío suyo era catedrático de Derecho Internacional en Oviedo, y él era una persona con un bagaje intelectual impresionante. Se había formado en el Colegio Estudio e hizo unas oposiciones a técnico de Información y Turismo. Dentro de ese cuerpo hay que reconocer que fue uno de los puntales. Entonces estuvo en varios sitios, entre otros en la Embajada Española en Roma cuando estuvo de embajador allí Sánchez Bella. Luego se incorporó otra vez al Ministerio de Información y Turismo. El cuerpo de técnicos de Información y Turismo, aunque ahora ya no se habla de esas cosas, era de los mejores cuerpos de funcionarios que había en España, junto a los abogados del Estado o a los diplomáticos. En el de técnicos de Información y Turismo había gente extraordinaria, muchos de ellos ocupando puestos públicos hoy en día. Yo mismo fui miembro del tribunal de oposiciones que hizo técnicos a personas que ahora ocupan puestos relevantes. Y Pablo dentro de ellos era uno de los acreditados. Le nombran director, no porque él fuera experto en temas

de sociología, sino porque era un persona de confianza en aquellos momentos de la Transición. Entonces estaba de Ministro León Herrera, pero la conexión de Pablo ahí era fundamentalmente con Jiménez Quílez, que fue el Director General de Prensa durante mucho tiempo. Fue del equipo de Fraga también y una de las personas que más influencia han tenido en lo que entonces se llamaba la 'Santa Casa'. Pero Pablo paso por una serie de problemas de carácter personal que le llevaron a una enfermedad y, posteriormente, a la muerte. Ese fue el motivo por el que estuvo tan poco tiempo, siendo sustituido por López Ballesteros.

En todo caso su periodo, como el de López-Ballesteros, es un periodo corto y por tanto de mantenimiento...

Sí, fue un periodo corto de mantenimiento, como el de López Ballesteros. En 1973 cuando entra Ansón, el Director era Alejandro Muñoz Alonso, que también era técnico de Información y Turismo. Yo estaba en la Fundación Juan March con Martínez Esteruelas que, al ser nombrado Ministro de Planificación, me nombra Director General de Planificación Social. Yo me entero que van a nombrar a Rafael Ansón y que cesan a Alejandro, por lo que llamo a Alejandro para comentárselo dado que él cree haber sido confirmado por el ministro Fernando de Liñán. Le comenté que tengo esa noticia por Esteruelas, y le digo que puedo ofrecerle una Subdirección conmigo en la Dirección General de Planificación Social. Me pidió que esperase para poderlo confirmarlo, y después se vino conmigo. En esa Dirección duramos poco tiempo, pues al ser asesinado Carrero en diciembre de 1973 pasamos con Esteruelas al Ministerio de Educación y Ciencia, donde fui Director General del INCIE y Rector de la UNED.

Bueno, ahora lo que me interesa es su nombramiento como Director General del IOP en 1976. ¿Cómo fue ese momento?

A Suárez le nombran en junio de 1976. En octubre de ese año, yo estaba en una conferencia de rectores en Caracas cuando me llaman

por teléfono diciéndome que era el Presidente del Gobierno. Yo me creo que aquello es una broma, fui al teléfono y en el teléfono estaba Carmen Díez de Rivera que me dice que el Presidente quería hablar conmigo, y me adelanta que quería nombrarme Director del IOP. Yo acepté encantado de la vida. Volver otra vez al Instituto y, sobre todo, en un momento como ese de la Transición, pues me pareció muy interesante. En estas cuestiones siempre he visto lo positivo, lo que se puede hacer, tanto en esa ocasión como cuando me llamó Fraga en 1963. Y creo que el Instituto de la Opinión Pública hizo una labor muy importante en tiempo de Franco. Siempre he creído que lo importante no es llegar a un cargo, sino lo que se puede hacer desde ese cargo. Así que creo que dirigir el Instituto en el periodo de la transición, a cualquier sociólogo le hubiera encantado. Es cierto que mucha gente me lo criticó, igual que me criticaron lo anterior, porque algunos querían que me quitase yo para ponerse ellos. Pero ya he aprendido a lo largo de la vida que muchas de las críticas son envidias. El caso es que yo le digo que sí. También me comentaron que Alfonso Osorio, a quien no conocía, sería mi ministro. Y entonces es cuando paso a ser Director General del IOP, ya que por primera vez el Instituto de la Opinión Pública lo convierten en Dirección General, pues antes tenía rango de Subdirección General.

¿Y ya estaba adscrito al Ministerio de Presidencia del Gobierno?

Cuando yo llego el IOP sigue estando en el Ministerio de Información y Turismo, en el que Sabino Fernández Campo era Subsecretario. La primera misión que me encuentro, al decirme Suárez que mi ministro iba a ser Osorio, es que el Instituto pasa de un ministerio a otro. Y me dicen que me puedo llevar de Información y Turismo a Presidencia a todos aquellos funcionarios que no pueda tener en Presidencia. Entonces, ¿yo no puedo pasar al Instituto en bloque? Me dicen que no, que sólo podía pasar a aquellos que pudiese demostrar que eran expertos que no había en Presidencia. Y aquello provoca un muy desagradable incidente, puesto que no se hizo persona por persona, sino por departamentos. Por ejemplo, en la unidad de estadística, como en Presi-

dencia no tenían expertos en eso, pudieron pasar todos. Pero otros departamentos no pudieron. ¿Qué ocurrió? Pues que algunos pensaron que había motivaciones políticas. Y fíjate que a la mayoría de ellos los había reclutado yo en 1963, y muchos eran compañeros míos de la facultad. No había ni la más mínima motivación política, pero algunas personas lo interpretaron así. Así que cuando se convocaron las elecciones de junio de 1977, el Partido Comunista, sobre todo, pero también algunos otros, empiezan a arremeter contra el Instituto porque sostenían que se había hecho una purga política. Y de purga política nada, pues muchos de los que pasaron a Presidencia eran gente de izquierda y muchos de los que se quedaron en Información y Turismo eran de derechas. Es decir, no hubo nada de nada, pero aquello para las personas afectadas fue tremendo. Tuve dos quebraderos de cabeza durante mi gestión. Uno, éste que te acabo de comentar, porque como ya te digo fue tremendo el encontrarme con personas a las que yo quería profundamente que pensaban que yo estaba haciendo una purga, y no había la más mínima razón en aquello. Y la segunda fue una decepción a la que me referiré inmediatamente, porque a Suárez le hice el mismo planteamiento que había hecho a Fraga muchos años antes, en el sentido de que si no estaban conforme con lo que hacía que me cesaran, pero que los datos que se publicasen debían ser siempre los datos que yo proporcionase. Y tengo que decir que Suárez estuvo completamente de acuerdo y nunca recibí ninguna llamada suya, ni de nadie en su nombre, para cambiar los resultados. Eso tengo que decirlo tanto de Fraga como de Suárez. La primera tarea que tuvimos fueron las encuestas para el referéndum sobre la Ley de la Reforma Política. Empezamos a hacer las encuestas, y hablo con el Ministro Osorio y le voy dando cuenta de todo, así como al Presidente. Entonces les digo que he convocado una rueda de prensa para dar cuenta de los pronósticos sobre el referéndum de la Ley de Reforma Política, y eso contaba con su aprobación. Pero cuarenta y ocho horas antes del referéndum recibo una llamada de Osorio, diciéndome que de lo dicho nada, y que tengo que anular la conferencia de prensa, porque las informaciones que él tiene es que el 'No' va

a ser mucho mayor de lo que yo estoy diciendo. Él tuvo miedo, que si la ultraderecha, que si iba a haber problemas. No lo hizo con mala intención, pero el caso es que me lo prohibió, y yo tuve que dar la cara y decir lo que él me había pedido que dijera, que se habían caído los ordenadores. Quedamos muy mal y los datos están ahora publicados en algún libro sobre la reforma política. Y el 'No' es que lo clavamos, porque era facilísimo. En toda la transición, debo decir que fuimos de acierto en acierto. Tuvimos no sé si mucha vista, mucha técnica o mucha suerte, pero lo hicimos muy bien. Pero esa prohibición me desazonó profundamente, pero aguanté porque no quise crear problemas en plena Transición. Entre un Ministro y un Director General la cabeza que debe caer es la del Director General. Me había sentido desautorizado, pero Suárez encontró una solución pragmática, que fue la de que a partir de ese momento, empecé a despachar no con el Ministro, sino con uno de los Subsecretarios que dependían directamente de Suárez, que era Manuel Otero Novas, quien luego se convierte en Ministro de la Presidencia. Y con Otero es con quien yo despacho, primero como Subsecretario y luego ya como Ministro.

El referéndum de la reforma política fue en diciembre de 1976. ¿Pero después qué ocurre?

Bueno esa fue la entrada. A partir de ahí entramos ya en 1977 y ese año fue tremendo porque con el Ministro de Educación, Aurelio Menéndez, yo tenía dos cargos. Uno que era el de Director del Instituto Nacional de Ciencias de la Educación (INCIE) y otro el de Rector de la UNED. Entonces al nombrarme Suárez Director General del Instituto de la Opinión Pública, Aurelio me dice que le hacía polvo dejando dos puestos. Entonces me comenta que lo del INCIE lo podía cubrir más fácilmente, pero que pensaba que tenía que seguir como Rector de la UNED para poder hacer las normas para elegir democráticamente a mi sucesor. Entonces en ese primer semestre de 1977 me encuentro teniendo que ser Rector en la UNED, cuando estaban allí enfrentadas dos facciones totalmente radicales, una de gente muy de derechas y otra

de gente muy de izquierdas, peleándose y yo tratando de encontrar un equilibrio, cosa que era muy difícil, pero haciendo todo lo posible para sacar adelante unas normas para la elección de nuevo rector. Y, de otro, me encuentro con el lío que te comentaba antes de los que se sienten purgados o abandonados en Información y Turismo, al pasar el IOP a Presidencia. Y todo esto se aprovecha para hacer una campaña contra mí. Lo que ocurrió es que muchos partidos no tenían ningún dato para las elecciones, pero el IOP sí los tenía y, por ello, trataban de cargarse a la persona que suministraba los datos al Gobierno, que era yo. Y por eso tengo que soportar esas dos tensiones, más la tensión profesional de la responsabilidad de hacer los pronósticos de las primeras elecciones. Ahora uno puede consultar cuáles fueron los resultados de las elecciones anteriores, pero entonces me tenía que remontar a la República para poder encontrar antecedentes, y eso me servía de poco. Me encontré con gente, con algunos grandes gurús españoles que vaticinaban que la Democracia Cristiana iba a sacar setenta y tantos escaños, y con algún experto alemán que más o menos iba por el mismo camino. Cuando veo que la ley electoral sale aprobada, que aunque tuvo muchos padres hay que reconocer que el principal fue Rafael Arias Salgado, yo me dije que era el *'más difícil todavía'*. Porque, ¿cómo se va a acertar el reparto de escaños con ese sistema? Un sistema en el que, para empezar, los escaños se distribuyen por provincias, pero que no es un sistema como el americano en el que el ganador se lleva todo, sino un sistema proporcional. Con la sopa de letras de partidos que había, con el desconocimiento por parte de la opinión pública, podía pasar de todo y, encima, la regla D'Hont. La gente le ha dado mucha importancia a la regla D'Hont, aunque afecta muy poco a los resultados. Lo que realmente importa en esa ley electoral, y yo lo dije desde el principio, era lo de fijar un número de escaños fijos por provincia y luego el resto proporcional a la población. Eso es lo que altera la representatividad, porque hace que partidos muy pequeños, como Herri Batasuna, saquen varios escaños, cuando otros como el Partido de los Trabajadores, con más de un millón de votos, no se llevó ni un escaño. Bueno, ese es otro tema, el de la terri-

torialidad. El caso es que yo me encuentro con esa papeleta y para colmo, esto ya es un detalle personal, tuve a un hijo mío con una enfermedad muy grave, desde marzo de 1977, ingresado en el Hospital de Puerta de Hierro, y del que no salió hasta el mes de julio. Así que tuve que trasladar mi despacho a la clínica y, desde allí, dirigía el Instituto de la Opinión Pública y la UNED. Bueno, no fue la mejor etapa de mi vida, ni la que uno hubiera querido soñar. Yo estaba, no ya al borde de un ataque de nervios, sino al borde del colapso. El caso es que le digo a Suárez que si le tengo que dar pronósticos, más o menos fiables, necesito hacer una encuesta con muestra suficiente en cada provincia. Y, además, eran las primeras elecciones democráticas y estaba todo cambiando. La primera encuesta la hago a principios de 1977, cuando la UCD todavía no existía, y lo que había era un galimatías de siglas, impresionante. Le dije a Suárez que lo normal sería hacer 1.000 entrevistas en cada provincia y eso nos llevaba a 52.000 entrevistas, lo que suponía un montón de dinero, pero que saliéndome de los criterios estadísticos, podría hacerlo con unas 500 entrevistas como promedio en cada circunscripción. Y añadido que, en vez de una encuesta en el mes de enero que no nos dice nada, había que hacer tres, si querían de verdad tener información en la que se pudiese confiar. Y, efectivamente, se hicieron tres. Tres oleadas de 35.000 cada una, en enero, marzo y mayo, y así pudimos hacer un pronóstico provincia a provincia. Y puedo decir que en esas primeras elecciones generales el resultado de nuestro pronóstico fue acertado por completo. No es que lo diga yo, es que Suárez se lo dijo a montones de gente, lo acertado que estuvimos, incluso en el pronóstico de los escaños del Partido Socialista Popular. El error principal fue con la Democracia Cristiana, con la Izquierda Democrática de Ruiz Jiménez. Yo le dije a Suárez que lo sentía mucho, pero que no me salía ningún escaño para Izquierda Democrática, ni siquiera en Madrid. Por eso había preparado una hipótesis que no estaba basada en los datos, sino en la 'cocina', pensado que se debía a algún error nuestro, por el tema del muestreo o por lo que fuese. Y en el pronóstico concedimos un escaño a Izquierda Democrática (ID) y, efectivamente, nos equivocamos. Ya digo

que ese fue un error y yo mismo se lo razoné a Suárez, diciéndole que salir no salía ningún escaño para ID, pero a mí también me parecía increíble como a él. Y me moje diciendo que Izquierda Democrática iba a conseguir un escaño. Y, claro, no lo tuvo. Pero el resto se acertó plenamente. Porque entonces el temor que había, en algunos medios políticos, es que el PSOE hubiera ganado, estando en el inicio de la Transición. Había mucha inquietud por esto. Puedo contar otra anécdota, pero piensa que con todo esto yo estaba en la clínica Puerta de Hierro con mi hijo Jaime. Pues un día me llama Suárez y me dice que necesitaba que hiciese una encuesta para ver qué pensaba la gente de la legalización del Partido Comunista. Todas las encuestas de esa época, que están ahora en el CIS, se utilizaron para tomar algunas medidas políticas como la amnistía, etc. Allí se fue muy a golpe de encuesta. Conste que, además de las encuestas que nosotros hacíamos, había otras encuestas que estaban haciendo otras empresas. Yo encantado, a mí eso nunca me preocupó. Todo lo contrario, porque normalmente había bastante coincidencia. Nunca he pensado que yo fuera el único con una varita mágica. Si acerté mejor las elecciones de 1977 fue sólo porque tuve tres encuestas de treinta y tantas mil entrevistas. Si otros hubieran tenido eso, posiblemente lo hubieran acertado como yo. Lo que pasa es que había que decirle al Presidente la verdad. Y eso no se puede hacer con una encuesta de 1.000, ni de 2.000, ni de 10.000. Cuando pidió lo del Partido Comunista hicimos la encuesta, y había dos cosas que yo sabía que eran las que importaban al Gobierno. Una era si la gente pensaba que las elecciones serían totalmente legítimas si no se dejaba presentarse a algún partido, por ejemplo al Partido Comunista y a otros partidos a la izquierda. Y la respuesta fue inequívoca. El setenta y tantos por ciento de los ciudadanos pedían que se legalizaran absolutamente todos los partidos. La segunda pregunta era sobre la intención de voto, y como yo imaginaba el voto al Partido Comunista iba a ser mínimo. Mi análisis fue que el no legalizar el Partido Comunista provocaría falta de credibilidad y legitimidad de la nueva democracia. Segunda cuestión, a los ultra y otros que tenían temores porque pensaban que el Partido Comunista era

el 'coco', se les podía tranquilizar mostrándoles que la intención de voto para el Partido Comunista era mínima. Suárez llevó estos resultados al Consejo de Ministros. Y al salir del Consejo de Ministros me llama, y me comenta que los cuatro ministros militares al unísono le habían dicho que esa muestra era muy pequeña, que con 1.200 ó 1.500 entrevistas no se podían sacar conclusiones tan importantes, y que a quién habíamos preguntado. Entonces yo le digo, '*Presidente, con todo mi respeto, ¿qué saben de muestreo esos señores?*' Pero lo que hago es repetir la encuesta con una muestra doble y los datos salieron 'clavados' a los anteriores. Yo no digo, ni mucho menos, que se legalizara el Partido Comunista debido a las encuestas. Pero creo que proporcionaron a Suárez cierta tranquilidad de que lo que él pensaba se ajustaba a la realidad. Él quería confirmarlo. Lo que las encuestas proporcionaban era la confirmación a lo que se veía o se intuía por otros medios. Es decir, nunca he creído, y esto quiero dejarlo muy claro, que las encuestas sirvieran para tomar decisiones. Pero lo que sí hacían era confirmar la información que se tenía por otros medios que, evidentemente, eran menos científicos. Así, lo que las encuestas proporcionaban era una cierta tranquilidad. Suárez, antes de las elecciones de junio de 1977, tenía cierta seguridad, evidentemente cierta porque la diferencia no fue muy grande, de que UCD ganaba las elecciones, pero que no las iba a ganar por mayoría absoluta.

Entonces eso significa que cuando UCD todavía no existía el IOP pudo favorecer una opinión de centro reformista.

Es que eso se veía clarísimo, era como una campana de Gauss muy clara la que aparecía al aplicar la escala de siete puntos de autoposicionamiento ideológico. A mí siempre me ha gustado esta escala de siete posiciones. Pues resulta que el cuarenta y tantos por ciento se colocaban en el punto cuatro, y proporciones más o menos iguales en el tres o en el cinco. Y menos del uno por ciento en los puntos siete y uno, es decir, la extrema derecha y la extrema izquierda. La campana de Gauss fue clarísima hasta 1977. Entre 1977 y 1979 se empieza ya a escorar hacia el centro

izquierda. Pero en las primeras elecciones de junio de 1977, y los datos están en el CIS, aquello fue muy claro. Después de pasar las elecciones de 1977 es cuando yo le planteo a Otero Novas la necesidad de adecuar el IOP a los nuevos tiempos. Es cuando el Instituto de Estudios Políticos se convierte en el Centro de Estudios Constitucionales, y cuando el Instituto de la Opinión Pública pasa a ser el Centro de Investigaciones Sociológicas, el CIS. La argumentación que hago es que en democracia parecía difícil justificar que el Gobierno tuviera un centro de investigación propio. En realidad se podía justificar, porque lo importante era que se permitiera la actividad privada, y era evidente que eso estaba permitido, al haber varios institutos privados que estaban publicando encuestas en los medios de comunicación. Pero en la medida en que aquello podía provocar críticas, yo pensé que se le podía dar al CIS una orientación más académica, aunque siguiera haciendo cosas para el Gobierno, abriéndole a la universidad y la comunidad científica para que aumentase su credibilidad. El cambio no fue sólo de nombre, sino también de funciones. El CIS empieza así a hacer estudios sociológicos de más alcance, más del tipo de investigación básica, y es también cuando se establecen las becas, cuando se cambia la revista, cuando se inician las colecciones de libros, se comienza una labor editorial, y lo más importante, se abre al público el banco de datos. El banco de datos se crea con el decreto de constitución del CIS, y se le hace accesible a sindicatos, a partidos políticos, a investigadores y estudiosos, etc. Y se establece una moratoria de seis meses para llevar los estudios al banco de datos. Pero de la época en que yo estuve al frente del CIS, todos los estudios fueron al banco de datos del CIS, incluidas las encuestas sobre la legalización del Partido Comunista. Eso es el comienzo de la reestructuración. Hago también un Consejo Asesor en el que incorporo a todos los catedráticos y agregados. Y meto a los agregados porque José Ramón Torregrosa, José María Maravall, Carmelo Lisón y otros no eran todavía catedráticos, y yo quería que hubiera la mayor representación ideológica posible. El CIS desde el comienzo se abre a todas las opciones políticas. Ya lo estaba de hecho antes en el IOP, pero con el CIS se abre también de derecho.

Hay hipótesis de que el CIS en ese momento de la transición es una especie de espejo del consenso que se está gestando en la transición...

Una de las personas que estaban trabajando conmigo, y era una de las personas de confianza, era Ubaldo Martínez Lázaro, recientemente fallecido, que era del Partido Socialista. Y muchas personas tenían acceso a los datos y a todas las encuestas, fue una política de puertas muy abiertas. Obviamente tampoco podía decir yo, me voy para que te pongas tú. Para eso había ganado las elecciones UCD, pero hubo una política muy abierta, y creo que algunos lo reconocen así. Allí estuvo también Francisco Alvira como subdirector y director del departamento técnico.

Una cosa en relación a lo que ha dicho del paso del IOP al CIS ¿Eso implicaba darle un rango superior como Dirección General?

No, ese rango ya lo tenía desde que fui nombrado Director del IOP, pues entonces fui nombrado Director General y, por tanto, el rango pasó también al CIS. Eso lo hizo Suárez, pues cuando pensó en nombrarme ya me dijo que se convertía en Dirección General. Al pasar de Información y Turismo a Presidencia es cuando se convierte en Dirección General. Mejor dicho, desde el punto de vista formal, primero se convierte en Dirección General y luego pasa a Presidencia.

¿Y hasta entonces qué era?

Lo que se llamaba un servicio público centralizado, que era una unidad administrativa que estaba en el Ministerio de Información y Turismo con rango de Subdirección General. Ya sabes que había toda una categoría de organismos autónomos, y luego estaba la figura de servicio público centralizado que no tenía presupuesto propio, sino que dependía de la Subsecretaría.

¿Y ahí fue donde se creó el problema con el trasvase de los funcionarios?

Lo de los funcionarios fue un problema porque en Presidencia tenían sus propios funcionarios, como por ejemplo ocurría con el per-

sonal de secretaría. Allí había muchos funcionarios y no parecía justificado traerles de Información y Turismo. Tuvimos que lidiar ese toro entre José Luis Graullera, Sabino Fernández Campo y yo. Les comenté que no me gustaría hacerlo persona a persona, pues si lo hacíamos así estábamos dando la razón a los que hablaban de purga. Era mejor hacerlo unidad por unidad, pues era más objetivo. Y así se hizo.

El cambio de nombre de IOP por CIS, ¿a qué se debió?

El Instituto como tal primero se convierte en Dirección General en 1976 y así seguimos hasta después de las elecciones de 1977. Sigue siendo Instituto de la Opinión Pública. En ese periodo la estructura y las funciones son las mismas, sólo que con el rango de Dirección General. Es después de las elecciones de 1977 cuando se convierte en Centro de Investigaciones Sociológicas. Y, entonces, ahí es donde se amplían sus funciones hacia la sociología académica.

Usted se va en 1969 y vuelve en 1976, ¿cómo se encuentra el IOP siete años más tarde? ¿Qué diferencia nota cuando vuelve?

Bueno, encuentro un poco de desconcierto en la gente precisamente por los cambios tan rápidos de directores. A muchos casi no les daba tiempo a enterarse de qué era aquello y ya les habían cesado. Es decir, que fueron momentos de cambios. El primer cambio un poco traumático fue la cuestión de Salustiano del Campo que, por las razones que fueran, fue cesado. Lo de Cercós fue ya un cambio un poco más espectacular. Luego viene Alejandro Muñoz Alonso, que era un funcionario de la casa y además era una persona de talla. Alejandro es una persona que había estado en el Instituto de Estudios Políticos y, aunque venía de derecho, tenía una formación en ciencias sociales muy importante. El tema de la opinión pública le atrae y fue un buen Director del centro. En esa época, los directores no son estrictamente sociólogos, sino más bien funcionarios del Ministerio de Información y Turismo. Porque Rafael Ansón, como Cercós, Sela o Alejandro Muñoz Alonso, eran téc-

nicos de Información y Turismo. Salvo Murillo Ferrol, son funcionarios del cuerpo de técnicos del Ministerio de Información y Turismo. Y allí estuvieron también Gerardo Mariñas, que no fue director, y López Ballesteros, que fue el último antes de llegar yo. Lo que hacen es nombrar a técnicos de Información y Turismo que era uno de los cuerpos más importantes, pero no necesariamente expertos en sociología. El único de esa época que era experto en sociología, más bien en ciencia política, fue Francisco Murillo Ferrol. ¿Y qué era lo que me encuentro al volver? Bueno, primero muy pocas caras nuevas, pues tengo casi todo el equipo que yo había montado entre 1963 y 1969. Y las pocas personas nuevas que estaban se incorporaron fácilmente a la nueva situación. Y hubo el problema de que al pasar de Información y Turismo a Presidencia se creó todo aquel malestar que ya he contado.

¿Y la estructura organizativa...?

Era la misma.

Después de pasar a Presidencia, ¿es cuando el CIS se instala en la calle Pedro Teixeira?

No, primero el IOP se fue de Castellana a la calle Doctor Arce. Pero yo nunca estuve allí, pues cuando me hago cargo del IOP en 1976 lo llevo directamente a Pedro Teixeira. Luego me voy antes de hacer el cambio a la calle Montalbán, el emplazamiento actual. Yo estuve en el CIS hasta abril de 1979, que es justo después de las segundas elecciones. Precisamente, en relación con las segundas elecciones debo contar como anécdota que el domingo antes de las elecciones el diario *El País*, con una encuesta de Sofemasa, publicó que UCD iba a ganar en escaños por la regla D'Hont, pero no en voto popular, es decir, en número y porcentaje de votos. El pronóstico que le llevé a Suárez fue que UCD sacaría entre 164 y 169 escaños, y en realidad sacó 168, y que la diferencia con el PSOE sería, sobre cien electores, de veintitrés a veintiuno. Y los datos fueron, un veintitrés por ciento para UCD y un veintiuno por ciento para el PSOE.

Y ahí están los archivos. Debo aclarar que volví a repetir lo de tres oleadas de treinta y tantas mil entrevistas, y esa tradición se mantuvo hasta las elecciones de 1996. En esas elecciones de 1996, Joaquín Arango ya no hace las tres oleadas masivas. Ahí ya se rompe la tradición de grandes encuestas para el pronóstico electoral de las generales.

Y cuando se va en abril de 1979, ¿cómo deja el CIS?

Me voy en abril de 1979 porque me nombran Subsecretario de Ordenación del Territorio y de Medio Ambiente. Lo dejo como Dirección General, y cada vez con más presupuesto. Me sucede Rafael López Pintor, que es un magnífico profesional y lo hizo muy bien. Lo que pasa es que tuvo la mala suerte de que le tocó el declive de UCD y, por tanto, le correspondió llevar encuestas a Leopoldo Calvo-Sotelo, diciéndole que UCD iba a perder. Pero creo que cuando yo dejo el Instituto en 1979 queda realmente muy bien.

Digamos que en los años que usted está ahí, el CIS ha superado un poco los vaivenes de la Transición...

Es decir, le doy estabilidad y lo asiento en todas sus facetas. Yo empecé las reuniones anuales del CIS con los sociólogos, pero es que, entonces éramos cuatro gatos y nos permitíamos el lujo de llevar a algunos de ciencia política. Yo comprendo que ahora aquello ya no se puede hacer con ciento y pico catedráticos y titulares. Ahora ya no puedes invitar a todos, tienes que hacer una cosa selectiva. Entre 1976 y 1979 el CIS se consolida como centro de estudios sociológicos, pero poco a poco se abre también a los estudios políticos, y ahora hay que reconocer que las dos disciplinas están en igualdad de condiciones. Es decir, poco a poco el perfil de hacer encuestas para el Gobierno va perdiendo peso en la medida en que se amplía a otras áreas. Porque, sobre todo, se empieza ya a publicar toda la colección de monografías. Y, además, se pueden ver los nombres de los que publican, los hay de todos los colores, y esa labor se ha continuado.

Entonces, digamos que el IOP nace por una decisión de Fraga de conocer la opinión pública, dentro de los límites del régimen. Pero conforme la democracia se va instalando, la idea es que la legitimidad ya no está solamente en auscultar a la opinión pública, sino también en contribuir a la dimensión de ciencia académica. Puesto que además esa comunidad es la suya, la de Seara, Del Campo o Murillo, entre otros.

Sí, como he dicho, en la etapa del IOP sólo una minoría de los Directores procedían de la Universidad (Luis González Seara, Salustiano del Campo, Francisco Murillo y yo mismo), mientras que la mayoría, aunque tuviesen alguna relación con la universidad, fueron nombrados sobre todo por ser técnicos de Información y Turismo. Es el caso de Ramón Cercós, Alejandro Muñoz Alonso, Rafael Ansón, Pablo Sela y Luis López Ballesteros. Pero en la etapa del CIS todos los Directores han procedido de la universidad. Así tenemos a Rafael López Pintor, Julián Santamaría, Rosa Conde, Joaquín Arango, Pilar del Castillo y Ricardo Montoro, además de mí. Y el CIS parece haber sido un buen trampolín político para los Directores que han tenido la suerte de estar allí cuando se han ganado las elecciones, pero no para los que estuvieron al frente cuando se perdieron, algo en realidad injusto para profesionales de valía como Rafael López Pintor o Joaquín Arango.

Una cosa que me ha llamado la atención es lo que me ha contado respecto de que ese tipo de tensiones en el CIS no ha sido sólo una cosa de la transición PSOE-PP.

Eso ya se había vivido antes a un nivel informal. Así, con el IOP, la gente que estaba más o menos en frente del régimen estaban continuamente con esa tensión. Hay algunas anécdotas divertidas. Por ejemplo el profesor Miguel Martínez Cuadrado, que estaba en el Instituto de Estudios Políticos y cerca de Tierno, me preguntaba que cuándo íbamos a preguntar por la popularidad del General Franco. Yo le decía: 'Miguel por favor que no te hagan caso, porque como tengamos que preguntar por él te vas a llevar una sorpresa, y a ver qué hacemos. Si preguntamos por la popularidad

del general Franco va a salir mucha más popularidad de la que nos imaginamos, porque hay más gente que le apoya que la que tú y yo creemos. Además, los que no le apoyan no nos lo van a decir, y si yo me he comprometido a publicar los resultados de las encuestas, me voy a ver con la papeleta de tener que publicar unos datos que no te van a gustar nada, pero que van a ser ciertos en cuanto que serán los resultados de las encuestas'.

Pero ese nivel actual de crispación en la prensa respecto del CIS. ¿Todo eso también se producía entonces?

Sí, sobre todo antes de las primeras elecciones generales de 1977. Ramón Tamames, que era y es muy amigo mío, recuerdo que el periodo desde que se convocan las elecciones hasta junio, estaba en plena ebullición. Resulta que en el cambio del IOP desde Información y Turismo a Presidencia que ya he comentado, a los que se quedaron en Información y Turismo les adscribieron al Instituto de Estudios Turísticos. El caso es que una de las personas que trabajaba en el IOP y que quedó en Información y Turismo, parece que era la mujer o la compañera de un líder del PCE y eso se interpreta como que yo he querido dejar a una comunista fuera del IOP. Y eso era una tontería, pues otros profesores sociólogos muy conocidos, próximos al PCE, habían sido nombrados por mí en cargos de confianza en la Dirección General de Planificación Social y en el INCIE, antes de la transición. En los equipos que formé en esas dos unidades administrativas, la mayoría de personas eran de ideología socialista y comunista. Incluso le llegan advertencias a Martínez Esteruelas desde el Servicio de Información y Documentación de Presidencia, del coronel San Martín, diciéndole que todos los que yo estaba contratando eran rojos. Y yo respondo que me digan dónde hay muchos sociólogos de derechas, que lo más que van a encontrar son algunos más o menos de centro. Pero así, de derechas no es que yo no los quiera, es que no los hay. Y esta gente que está conmigo también se está arriesgando mucho, al comprometerse a trabajar en un ministerio y a que les acusen de esto o de lo otro. Ellos sí que están arriesgando, pero tienen confianza en mí, saben que no les voy a pedir que hagan cosas indecentes, de manera que

es un juego de mutua confianza. Y Esteruelas me contesta: '*Nada, nada. No te preocupes. Sigue adelante*'.

Pero entonces usted desearía la idea de que el grado de enfrentamiento político actual en torno al CIS, que sobre todo es mediático, es una cosa sólo de la época PP-PSOE. Es decir, en su caso ¿usted lo vivió con la misma intensidad que ha ocurrido en la última década?

No, eso ha sido posterior y creo que si hablas con Rafael López Pintor te dirá lo mismo. Yo ese nivel de confrontación de ahora no lo viví. Y te digo más, nunca me he creído lo de las encuestas secretas del CIS, ni con los socialistas, ni con los populares. No es posible tener encuestas secretas. Entonces yo sabía que la gente que estaba conmigo tenían sus ideologías y sus amistades, sabía que los datos circulaban. Lo que hacía es que la estimación de voto la hacía yo sólo. Esa era mi responsabilidad. Si me equivocaba me hundía yo, no el Instituto. Y si acertaba, pues también era cosa mía. Además, en esa época el CIS no estaba obligado legalmente a proporcionar los datos, oficialmente, a los partidos de la oposición, sino que bastaba con enviarlos al banco de datos seis meses después. La obligación de dar los datos, con carácter inmediato, a los grupos parlamentarios la toma el Gobierno del PSOE en 1995. Por eso, antes de las elecciones de 1979 me vienen a ver un día José Félix Tezanos, Guillermo Galeote y alguien más que no me acuerdo bien. Y venían a exigirme los pronósticos electorales. Y yo le dije a Tezanos, con el que tenía más confianza, *José Félix, ponte en mi lugar, si yo te digo que gana UCD y pierde el PSOE, no me vas a creer y vas a pensar que te estoy engañando y tratando de comerte la moral. Y si te digo que va ganando el PSOE, puedes pensar que te digo eso para que os confiéis. Si estuviera en tu lugar no me fiaría de los datos que yo te pudiera dar. Yo te podría dar muy bien los datos que salen del ordenador, pero tú sabes muy bien que esos datos no sirven para nada, si no hay una estimación, y la estimación es una responsabilidad de quien la hace*'. Lo de las encuestas no es cuestión de creer en las encuestas o no. Si pienso que la encuesta que alguien me está ofreciendo me merece confianza me fío, y si pienso que no me merece confianza, ni la miro

porque no se puede demostrar a priori algo que es una hipótesis. En 1979 mi cocina la hice sabiendo lo que sabía, porque cuando veo los datos y los sopeso con la operación del PSA en Andalucía, rápidamente pensé que el PSA se llevaba unos cuantos escaños, uno o dos por provincia en toda Andalucía, que suman al menos ocho escaños que pierde el PSOE, pero que no los pierde UCD. Por eso el diario *El País* se equivoca y yo no me equivoco. Es cuestión de eso, pero claro, la cocina no es demostrable porque la cocina muchas veces es una intuición. El esquema fundamental de hacer la estimación de voto lo sabemos todos, es la matriz de datos de intención de voto por recuerdo de voto. Si eso está en cualquier libro, pero una vez que haces eso tienes que incluir otras variables, y tienes que hacer ajustes basados en la experiencia, en la lógica y el sentido común. Y para eso no hay ninguna fórmula. Yo lo comparo con lo de los médicos o lo de los expertos en bolsa. Hay muchas cosas que se basan en el olfato, y el olfato hay veces que te falla. Yo he tenido mucha suerte en eso, porque claro, acertar que el PSOE ganaba en 1982 o en 1986 por mayoría absoluta, pues no hacía ni falta hacer encuestas. Ya en 1989 la cosa era algo más complicada. En 1993 no te quiero ni contar. Tengo un trabajo publicado en la *REIS* en el que explico las dificultades de hacer pronósticos sobre el reparto de escaños mediante encuestas. En todo caso, en las elecciones del 2000 el que está más cerca soy yo. A los demás les da miedo decir que va a ganar el PP por mayoría absoluta, pero yo lo estaba diciendo y me estaba mojando, sabiendo que todos los demás estaban diciendo lo contrario. Y en 1996 sucedió lo contrario. Yo decía que la victoria del PP iba a ser por un margen muy reducido, porque a medida que se acercaban las elecciones se veía como iba reduciéndose la diferencia. Cuando todos los colegas estaban dando una victoria por mayoría aplastante del PP, yo decía que la diferencia que según ellos sacaba el PP al PSOE no la sacó ni siquiera el PSOE a Alianza Popular en 1982. Si hubiera sido como ellos decían, en la calle tendría que estar viéndose esa diferencia, sin necesidad de encuestas. Pero en absoluto se presentía esa victoria arrolladora del PP en 1996.

Para hacer balance, respecto de los distintos periodos que usted ha estado en el IOP y el CIS, ¿cuáles estima que han sido las principales aportaciones de este centro a la sociedad española?

Creo que el IOP y el CIS han sido un referente absolutamente indispensable para conocer cómo se produce la transición en España. Creo que en el IOP se estaba viendo cómo iba cambiando la sociedad española. Se puede hacer perfectamente un análisis de la sociedad española con todos los estudios de 1963 hasta ahora. Pocos países han tenido el acierto de tener el banco de datos que tenía el IOP. La mayoría de las empresas españolas no tienen sus datos almacenados, y perdona mi inmodestia pero creo que eso fue visión de futuro. El único otro banco de datos que hay en España medianamente asequible es el ASEP, que data de 1986, y que incluye al que hice con CIRES. Los datos de otros estudios importantes como los informes Foessa, no están archivados en ningún sitio. Como he dicho en otras ocasiones, la mayor parte de la sociología española ha sido sociología bajo palabra de honor, porque los datos brutos no son accesibles en ningún sitio. Los únicos datos que se pueden consultar, mejores o peores, son los del IOP y el CIS. Y ahora, modestamente, los de ASEP. No hay otras fuentes de datos que estén ahí, perfectamente informatizados y accesibles. Decir que el CIS ha sido una institución política es una amplificación interesada. ¿Ha servido a algún Gobierno en exclusiva? Sí, pero ha servido como sirve cualquier otra unidad del Estado. Pero servir no significa manipular, ni engañar. En fin, yo no soy del Partido Socialista, pero nadie me habrá oído a mí, durante la etapa de Gobierno Socialista, acusar al CIS. Conozco a las personas que trabajan en el CIS, y a los directores también. Con Julián Santamaría, con Rosa Conde, con Luis Rodríguez Zúñiga, con Joaquín Arango se han hecho las cosas bien. Ahora, ¿qué hacían estudios que veía antes el Gobierno? Pues, naturalmente, pero tarde o temprano todos los datos han sido públicos. También el Presidente del Gobierno tiene la posibilidad de usar un helicóptero con cargo a los presupuestos del Estado y, en cambio, la oposición no. Pues, qué le vamos a hacer. Precisamente por eso, poco a poco se han ido haciendo las cosas mejor y más formales.

Fueron los socialistas los que hicieron la ley que obliga al CIS a dar cuenta al Parlamento de sus encuestas políticas. Han hecho cosas que, poco a poco, una persona con sentido común iría haciendo. Concretamente, la ley a la que he hecho referencia la aprueba el Gobierno socialista trece años después de llegar al poder, y después de cuatro directores nombrados por ellos, y cuando ya no tenían mayoría parlamentaria absoluta. Nosotros no lo pudimos hacer porque hubo que ir paso a paso, haciéndolo de una manera más informal que formal. Nadie ha podido decir desde los sindicatos, o los partidos políticos, que no ha podido tener acceso a los datos del CIS porque con el decreto fundacional del CIS en 1977, el banco de datos se abre a la consulta pública. Es cierto que el Gobierno tenía el privilegio de conocer los datos antes que los demás, pero no hubo manipulación. Nunca. Así que creo que el CIS ha aportado mucho y que, a pesar de eso, ha recibido muchas críticas relativas a encuestas secretas y de manipulación que nunca han sido probadas. Cuando yo veo los datos del CIS sobre intención de voto, algunas veces son distintas a las mías. Pero, generalmente, tiene una explicación. Por ejemplo, en cierta ocasión vi una encuesta que daba diez puntos de diferencia del PP al PSOE, pero estaba seguro que no era falsa, aunque a mí me salía una diferencia muy inferior. Lo que pasa es que hay que tener en cuenta cuando se hacen las encuestas. Yo hago, desde 1986, una encuesta nacional mensual, pero cuando doy los datos de abril, el CIS está dando los de marzo. La razón es que ellos tienen que asegurarse más, porque su compromiso es mayor. Entonces, ¿qué ocurrió en el caso al que me he referido? Que los datos que yo estaba dando, que daban menos de diez puntos porcentuales de diferencia, eran de un mes después que los del CIS. Pero, además, los diez puntos del CIS era de una encuesta que se hizo justo cuando acababa de terminar el congreso del PP. Pero una semana después ya no habrían sido diez puntos. Por ello, cuando se hacen esas críticas del CIS, yo no puedo estar de acuerdo. En cuanto a las críticas de si el CIS puede o no preguntar por esta o aquella cuestión o persona, pienso que el CIS tiene la obligación de dar cuenta al Parlamento

de cuando hace encuestas sobre intención de voto o cuestiones políticas, pero no tiene por qué consultar al Parlamento las preguntas que incluye en sus preguntas. El director del CIS tiene suficiente capacidad para preguntar sobre lo que estima oportuno. Y si quiere preguntar por ciertos posibles políticos en Cataluña, ¿por qué no lo va a poder hacer? Como lo hago yo y lo hace cualquier empresa privada. Lo importante es que facilite las respuestas al Congreso. Lo digo ahora y lo dije cuando estaba el Partido Socialista, el CIS tiene funcionarios y expertos que son de toda clase de familias, de derecha, de centro, y de izquierda. Como el Instituto de Estadística o el Ministerio de Agricultura. Y cuando tienes a gente de todos los colores, puesto que vivimos en una sociedad abierta y democrática, es completamente imposible hacer una encuesta en secreto. Me parece imposible que se esté haciendo algo en el CIS que no lo sepan quienes trabajan en el CIS. Y en cuanto a la manipulación, digo lo mismo. Puede haber errores, pero engaños, imposible.

Respecto de las relaciones internacionales que el CIS ha mantenido durante su época de Director, ¿qué podría decirme?

En la época de la transición hicimos muchos contactos internacionales con profesores y visitantes. Ahora, de improviso, recuerdo entre otros a Cicourel, de la Universidad de California, y a Leslie Kish, de la Universidad de Michigan, pero hubo muchos más. El CIS está relacionado ahora con el principal banco de datos, que se encuentra en la Universidad de Michigan. Y en la anterior época colaboramos, como te he dicho, en la encuesta internacional sobre *'Imágenes del mundo en el año 2000'*. Así que yo creo que la dimensión internacional del CIS es muy importante. Rafael López Pintor en su época también hizo una labor muy importante para sacar al CIS de aquí, y ponerlo en contacto con diversos centros internacionales. Y contribuciones de extranjeros a las revistas siempre se han tenido.

¿Qué aspectos destacaría como puntos fuertes de su gestión? Y, por el contrario, ¿qué considera que no ha podido resolver adecuadamente? Es decir, ¿qué balance podría realizar de su época al frente del CIS?

La traba peor que tiene el CIS es precisamente el serlo. Lo mejor y lo peor que tiene es ser parte de la Administración Pública. ¿Por qué? Porque la ventaja es que tiene un presupuesto del Estado, y eso cuando estás en el sector privado es algo que se envidia. Lo peor, pues también la cierta esclerosis que produce el tener investigadores funcionarios. Quiero decir, la poca flexibilidad que existe para contratar gente. Creo que eso es una queja de todos los directores, el poder contratar a un experto para que esté ahí trabajando uno o dos años, y luego se vaya. Como en España tenemos una contratación tan compleja, pues claro, la Administración es la que menos flexibilidad tiene para esas cosas. El CIS tiene becarios, pero esto tampoco soluciona todos los problemas. Y hoy un centro de este tipo tiene que tener investigadores, sobre todo. Otro tipo de personal es conveniente, e incluso necesario, pero lo esencial en un centro de investigación es tener investigadores. Y creo que el CIS siempre ha tenido más penuria para tener investigadores que para tener otro tipo de colaboradores.

Para acabar, alguna otra cosa que haya podido quedarse en el tintero...

Yo me siento muy vinculado al CIS, pero no para hacerle investigaciones y pedir dinero. Nunca he querido poner en un compromiso a mis sucesores. En la época de Joaquín Arango, el CIS firmó con ASEP un convenio para estar juntos en un proyecto internacional, el ISSP (*The International Social Survey Program*), y no ha habido ningún problema con ningún Director desde entonces, sino que siempre ha habido colaboración. Cuando fui Presidente de la Federación Española de Sociología, ayudé a la creación de ARCES en el CIS. Uno de mis puntos de campaña electoral para ser Presidente de la FES fue el de promover la creación de un banco nacional de datos. Escribimos al INE, al CSIC, al CIS. Y Pilar del Castillo, entonces Presidenta del CIS, nos recibió y nos dijo

que aceptaba la idea y la propuesta que habíamos elaborado. Lo que ocurre es que, después, el único que ha dado datos a ese banco, aparte del CIS, soy yo como ASEP. Estamos en lo de siempre, en la sociología bajo palabra de honor. La gente hace estudios, pero luego no pone sus datos a disposición de otros. Yo incluso iría más allá. Una vez que existe ARCES, como banco nacional de datos de encuestas, obligaría a que todas las encuestas que se hicieran con dinero público, bien sea de la CICYT, de planes nacionales de investigación y desarrollo, de contratos con ministerios, etc., al cabo de un cierto tiempo deberían estar a disposición pública en ARCES. Que el ministerio de Agricultura encarga una encuesta sobre lo que piensa la gente de las vacas locas, pues esa encuesta a ARCES. Yo eso lo hubiera hecho obligatorio para el sector público, y voluntario para el sector privado. Para el sector privado debería ser un mérito tener los datos en ARCES, que debería tener la potestad de aceptar o no un fichero de datos una vez comprobada su calidad. Es lo que hacen todos los bancos de datos internacionales. La cuestión no es la de si una empresa hace el favor a ARCES de darle sus datos, sino al revés, la de si ARCES admite sus datos. Y eso debería ser un sello de calidad que concedería ARCES a las empresas. Y del resto de cosas, yo creo que ya te lo he mencionado todo.

Bueno, muchas gracias por su tiempo, sus recuerdos y su impagable ayuda para el buen fin de este libro.